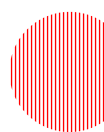


PATRICIO MARDONES HICHE



Nuevamente, las catástrofes que de cuando en cuando toman por sorpresa a las ciudades chilenas dejan al descubierto su última capa: el frágil sustrato sobre el cual literalmente hemos construido nuestra realidad urbana. Durante abril terremotos e incendios sacudieron distintas regiones del país y removieron – crudamente – lo accesorio y perecible, quizá recordándonos el porqué del afecto por las estructuras pesadas y la mala fama que lo liviano tiene en nuestra cultura. ¿Y qué es lo que queda tras los incendios en ocho cerros de Valparaíso o luego de sucesivos terremotos en el norte de Chile? ¿dónde es viable reconstruir, dónde es apropiado refundar, dónde es necesario replantear?.

Desde esa perspectiva, la revisión de las imágenes de barrios completos destruidos por el fuego en Valparaíso es dura y elocuente, y levanta varias preguntas respecto al rol social de los arquitectos y a su capacidad actual de moldear el mundo construido. Y una de esas preguntas, una que parece tan pertinente como trágica, se refiere a la urgente y deseable calidad de nuestras ruinas. Y probablemente –siguiendo el argumento de Brinckerhoff Jackson– ella apela también a la comprensión de la propia historia, marcada por ciclos y desapariciones. En esa encrucijada es donde los arquitectos tendríamos un primer campo que cautelar, una urgencia inicial que se desplegaría en cada proyecto y que intentaría atender a la responsabilidad social inherente a la práctica arquitectónica: proveer la mejor ruina posible, en cuanto estructura capaz de constituirse en patrimonio (en el sentido más prosaico de la palabra) y por tanto ser capaz de persistir, al tiempo que posibilitar el cambio a lo largo de esa vida prolongada.

Tanto las ruinas en los cerros incendiados de Valparaíso como los barrios arruinados de Alto Hospicio en Iquique dan cuenta del rol clave que tiene el trazado urbano en la construcción de una buena ruina: desde la forma y tamaño de los sitios hasta la relación entre las redes viales y de infraestructura con la topografía. Más indeleble que muchos edificios, tras una catástrofe ese trazado podría ser el principal sobreviviente. La precisión de un trazo, incluso si sólo es una marca de tiza en el suelo, puede hacer la diferencia entre una ciudad capaz de capitalizar la más modesta de las inversiones y otra que no logra levantarse a pesar del mejor programa asistencialista posible de implementar.

Este número de ARQ intenta concentrar la mirada en esas decisiones, las más primarias de la forma arquitectónica, siguiendo el notable ejemplo de Fernando Castillo Velasco en Villa La Reina y haciendo eco de la importancia de esos elementos fundantes para la consolidación de ciudades (y sociedades) más justas, inclusivas y equitativas. Si hay una buena ruina, no todo está perdido, aunque esa ruina sea quizá solo una distancia o una dirección, marcada con cuidado en el suelo.

Once again, the catastrophes that take Chilean cities by surprise from time to time leave their under layer uncovered: the fragile substrate over which we have literally built our urban reality. In April, earthquakes and fires shook various regions of the country and (crudely) removed all that is accessory and perishable, perhaps reminding us of the fondness for heavy structures and the poor reputation that lightweight structures have in our culture. What remains after the fires in the hills of Valparaíso or after successive earthquakes in the north of Chile? Where is reconstruction viable? Where is it appropriate to found again? Where is it necessary to overhaul?

From this perspective, the images of neighborhoods completely destroyed by the fire in Valparaíso are strong and eloquent and raise many questions with respect to the social role of architects and their current capacity to mold the built world. One of these questions, one that appears both as pertinent as it does tragic refers to the urgent and desirable quality of our ruins. And probably (following the argument of Brinckerhoff Jackson) also appeals to the understanding of the history itself, marked by cycles and disappearances.

It is at this crossroads where as architects we would have the first task of prevention, an initial urgency that unfolds in each project and that tries to attend to the inherent social responsibility of the practice of architecture: to provide the best possible ruin. It is about bare structures capable of creating patrimony in the most prosaic sense of the world and its capacity to persist while enabling change throughout its prolonged life.

In both the ruins of the burnt hills of Valparaíso and the ruined neighborhoods of Alto Hospicio in Iquique demonstrate the key role that the urban fabric holds for the construction of a good ruin: from the form and size of the sites to the relationship between the traffic and infrastructure networks with the topography. More indelible than many buildings, after a catastrophe this outline can be the sole survivor. The precision of this outline, even if it is only a line of chalk in the ground, can make all the difference between a city capable of capitalizing the most modest of investments and one that is unable to raise itself up despite implementing the best top down welfare program.

This edition of ARQ seeks to condense the perspective on these decisions, the most basic of architectural form, following the notable example of Fernando Castillo Velasco in Villa La Reina and echoing the importance of those founding elements for the consolidation of cities (and societies) that are more inclusive, legitimate and equal. If there is a good ruin, not all is lost, even though that ruin may only be a distance or a direction carefully marked on the ground.